

Primera piedra y ultima piedra. (La piedra que quedó)

Le hemos pedido a la piedra que responda y que haga lo suyo en Antígona: Desafiar las proporciones del tiempo y el espacio. Ser para nosotros el resguardo de cierta agonía, ser un interior y un punto de consulta en lo externo. Hemos pedido tanto a la piedra, que la piedra se inhibe. Hemos pedido a la primera piedra entrar en el juego de las perspectivas de edificación y a la última (A la que ha quedado como resto fútil de esta primera) la hemos condicionado a sepultarse como despojo de ella misma. Esta última piedra (Como la de Antígona) es en sí misma un sepulcro y este sepulcro debe ser, percedero para ser sepulcro en nuestra memoria. Esta piedra es el resto de sus propios restos: Sustrato de las primeras y últimas piedras. Y es, en todo caso la primera, para otras arquitecturas de la dispersión; para los planos que contemplan el diseño de contraestructuras, contradelimitaciones, contraumbrales, contraintencionesdeencuentro. Mapas generalmente inasequibles a proyectos puntuales de urbanización. Pero bien, hicimos hablar a la piedra en Antígona: Y el testimonio de la piedra es la ironía de que aún subsista ella misma como piedra. Pensando que la piedra, puede estar próxima a resultar una puerta.

Todo en Antígona es puertas.

Contrariamente a lo pensado, el paisaje que retratamos en Antígona luego de la segunda visita, es una vitalidad estremecedora. Sostenemos un pliego de plástico transparente que comienza a elevarse con las corrientes de viento que encuentran

su vertiente en este enclave cóncavo, que ha quedado desnudo, como testimonio de **la impunidad de los sistemas depredatorios del patrimonio histórico en esta ciudad**. Y nos sentamos un poco y comenzamos a verificar que, en efecto, todo lo que implica habitar temporalmente este vacío de Antígona, se vuelve contra nosotros: Tiene que ver con la experiencia gravitacional de la ceniza y los restos dispuestos como encrucijada. Entonces todo en Antígona es puertas, mientras se mantiene inmóvil, sin hacer transitar los cuerpos. Mientras se concibe en la inmovilidad nuestra y el paso acelerado de su propio tiempo.

Dice Bachelard que asumir el espacio de la inmovilidad es convertirlo en un espacio del ser. Pensamos desprender emocionalmente a nuestro ser de aquí. En los desprendimientos materiales. En desprendernos afectivamente del espacio para dejarlo SER el espacio mismo. Porque recorrer Antígona en su propio exilio, sigue siendo entendido como un paseo por rincones nuestros que aquí quedaron alojados. Pero no. No tendría que ser así. No hay nada aquí nuestro. Entonces lo que tendría que ser es desenterrarnos nosotros mismos de Antígona, para que Antígona busque sepulcro en nuestra memoria:

Todo lo vivido se corresponde y se acumula

luego se dispersa obrando en silencio

convirtiéndose en otra casa irrepresentable

que da refugio al polvo y las erosiones,

otra casa, inexistente que se debilita frente al tiempo

de nuestros propios encuentros...